

MARIO AGUER HORTAL

Académico de Número de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras



DR. MARIO AGUER HORTAL

MARIO AGUER HORTAL

Académico Numerario de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras

VARIABLES EXPLICATIVAS SOBRE LA IDEA DE CAMBIO EN EL SIGLO XXI

Abstract

Los posibles escenarios del futuro enmarcan las reflexiones del autor sobre el siglo XXI. Nos alerta sobre los riesgos de predicciones que no contemplen nuestras limitaciones cognitivas, el peso de los prejuicios y las propias interpretaciones del mundo, que minusvalore la aleatoriedad e incertidumbre. Sus reflexiones rechazan conscientemente pronosticar sobre el futuro de forma precisa, pero acepta concentrarse en determinadas variables macroeconómicas que considera centrales para entender el curso que tomarán las siguientes décadas. Considera que el volumen de la población y su estructura, tanto a nivel mundial como de forma desagregada, es una variable clave que nos permitirá conocer las demandas del futuro. El trabajo humano dejará de ser lo que ha venido siendo hasta el momento. En el presente siglo pocas cosas estarán a salvo de la mecanización y automatización y del inexorable camino hacia la robotización de procesos y funciones. El factor humano que intervenga en esos procesos se reducirá a la mínima expresión. La extensión de la democracia por todos los

rincones del globo es una tendencia que parece imparable. Los sistemas no democráticos cada vez serán menos tolerados, como los políticos ineficientes a la hora de resolver problemas comunes. El problema de las asimetrías es uno de los temas centrales que permite comprender las posibles disfunciones a las que estará sometido el siglo XXI. Las tensiones y conflictos no desaparecerán, aumentarán, aunque quizá no con la virulencia de siglos anteriores. Concluye el autor en que estas posibles realidades no son nuevas, y aboga por una renovada forma de enfrentarse a los problemas a partir de una visión compartida, que huya del pensamiento único y etnocéntrico. Pensar y actuar de forma diferente para resolver problemas diferentes.

1. Introducción

La idea de destino siempre ha estado presente en la historia de la humanidad. Las preguntas han sido el motor del cambio. Reflexiones que usan el arte, la literatura o la música para adivinar el fin del hombre aparecen en todas las culturas y religiones, y en todo momento. El sentido y fin de la vida ha tenido siempre una gran fuerza impulsora. En la época que estamos, la tentación de predecir cosas es aún más fuerte. ¿Cómo será el futuro? Es esta una de las preguntas más difíciles que nos planteamos. Disponemos de una gran información que nos permite aventurar y especular sobre él. Tenemos a nuestro alcance *Big data*, macrodatos al alcance de cualquiera y a la espera de que le demos significado.

El problema número uno al que nos enfrentamos cuando hablamos sobre el futuro de determinadas variables, es ver patrones donde no los hay. Si recordamos la película *A Beautiful Mind*, la película que ilustraba la torturada vida del premio Nobel de economía John Forbes Nash, el problema al que se enfrentaba el joven economista y matemático,

envuelto en una grave enfermedad mental, es que, con frecuencia, veía patrones donde no los había. Muchas relaciones casuales las convertía en causales y las modelizaba. Tenían sentido, pero no eran prácticas, ni servían para nada. Este es el primer obstáculo metodológico que cualquier análisis de futuro debe superar, y no el único. Transformar la información en conocimiento es el verdadero quid de la cuestión. Comprender el peso de la aleatoriedad y la incertidumbre y ser conscientes de nuestros prejuicios, modelos mentales y convicciones, también.

Predecir no se nos da bien. Las predicciones son, casi siempre, un problema. Todos nos sentimos tentados para aventurar el futuro, pero este parece reírse de muchos cuando miramos lo que se dijo en el pasado sobre lo que sucedería. ¿Alguien supo predecir la caída de la URSS?, ¿O el desmoronamiento de la economía mundial en 2008, un desastre de proporciones inauditas? Cuando hablamos de lo que puede suceder hay que ser prudentes y humildes. Sabemos menos de lo que creemos e ignoramos más de lo que intuimos. El gran marco que determinará el futuro será la idea de cambio. Pocas cosas serán como lo han sido hasta ahora. Desconocemos con precisión la forma que tomarán, pero no serán iguales. Son y serán muchas las personas involucradas, que cooperarán y que construirán el porvenir.

2. Más población y más demandas

A mediados del siglo XXI, la población del planeta puede llegar a albergar 9.500 o 10.000 millones de personas, casi 3.000 millones más de las actuales. Además, en la mayoría de países del mundo con una estructura sanitaria suficiente y que no estén sujetos a grandes epidemias o desgracias naturales recurrentes, la esperanza de vida al nacer viene creciendo inexorablemente. En los países económicamente más avanzados, la gente también vivirá más. La población envejece, y lo hace en todo el mundo. En el último siglo la esperanza de vida ha aumentado 30 años, especialmente en los países emergentes.

Sabemos, por ejemplo, que el índice de fecundidad, o número medio de hijos por mujer, es muy alto en países poco desarrollados (6-7 hijos por mujer en Níger, Mali, Uganda o Afganistán) y bajo, o muy bajo, entre las mujeres occidentales o japonesas. De tal manera que, en algunos países como España o Japón, este índice no llega a generar un saldo positivo para mantener el reemplazo generacional. También observamos que, a medida que los países se desarrollan económicamente, los nacimientos tienden a bajar para llegar a estabilizarse alrededor de los 2 hijos por mujer fértil. No hay duda que a ello contribuirá la educación, las mejoras sanitarias o el desarrollo económico.

La estructura de la población tiene un impacto directo en los sistemas sociales de cualquier país. Los niveles de población, mortalidad, natalidad, reemplazo generacional o la magnitud de las migraciones en las sociedades de origen y destino, revolucionarán los perfiles demográficos de todo el mundo, modificando la realidad demográfica y por ende los engranajes sociales que la vertebran.

La demografía es, ciertamente, una variable clave en la configuración de las sociedades y su evolución será determinante en el futuro. El nivel de población mundial será uno de los factores centrales en el siglo XXI. En la segunda mitad del siglo XXI es posible que esta cifra se mantenga estable o incluso que empiece a disminuir. En el futuro, europeos y norteamericanos, serán, comparativamente, más residuales.

La demografía será una de las disciplinas que habrá que seguir con más detalle para comprender las posibles tendencias de futuro y las demandas asociadas a ellas, tales como: necesidades de alimentación o las asociadas al ciclo del agua, demandas sanitarias, educativas, sociales, movilidad, transporte, migraciones, energía, planificación urbanística, logística de ciudades, impacto en el medio ambiente, ocio o turismo. Como sugería a mediados del siglo XIX Auguste Comte, uno de los padres de la sociología, la demografía es el destino y a ella hay que prestar siempre una especial atención.

3. Robots e inteligencia artificial

Los robots reemplazan el trabajo humano. Esa es su función y cada vez lo harán más en el futuro. Hasta ahora, esta sustitución ha sido relativamente lenta, secuencial y con un impacto limitado. En el siglo XXI está siendo mucho más veloz, global, simultánea y afecta a todos los ámbitos de nuestra vida. Las áreas donde siempre los procesos de mecanización y automatización han encontrado un campo más abonado han sido las labores repetitivas. Por ejemplo, cosechar a mano, ensamblar piezas manualmente u ordenar el tráfico, con el tiempo, fue sustituido por cosechadoras mecánicas, la automatización de cadenas de montaje o por semáforos y radares. En el presente siglo asistiremos, además, a un cambio impensable hasta ahora. Pocas cosas estarán a salvo del inexorable camino hacia la robotización de procesos y funciones. Los robots han empezado a hacer trabajos no rutinarios. Si pudiesen pensar de forma autónoma, quizá, llegarían a opinar que los humanos tenemos la errónea y arrogante idea que somos tan importantes que devenimos imprescindibles. Posiblemente, no somos ni una cosa, ni otra.

Las nuevas tecnologías, en el corto plazo, siempre destruyen trabajo. El impacto que tienen sobre la masa empleada y sobre el nivel de salarios es negativo: reduce su volumen y deprime salarios. No obstante, el factor trabajo a nivel absoluto no se reduce, simplemente, sus excedentes son absorbidos, por las nuevas fábricas.

La incógnita del siglo XXI es saber si los excedentes humanos serán recolocables cuando la mecanización de procesos es prácticamente universal. Desconocemos si el tiempo de transición desde que un sector o empleo desaparece hasta hallar otro alternativo se reducirá o se ampliará irremediabilmente. Quizá el empleo se acabe convirtiendo en un activo escaso, valioso y en retroceso. No hay duda que la tecnología, entendida como aquellos conocimientos técnicos aplicados a una área o sector, siempre ha sustituido puestos de trabajo. Continuará haciéndolo.

Queda por ver qué correlación toma respecto a la futura vertebración de las sociedades y si las posibles disfunciones llegan a tener un cierto calado.

No sabemos con exactitud si en el futuro habrá empleo para todos, porque desconocemos el alcance e ímpetu de la automatización y de la revolución tecnológica, y los sectores alternativos que puedan emerger en el futuro. Debemos ser muy conscientes que la robótica y la inteligencia artificial es una nueva fase que se agrega a la vieja mecanización y automatización, para reemplazar trabajo humano. Esto afecta de forma radical al concepto de trabajo.

4. El concepto de trabajo cambiará

En julio de 2014, Carlos Slim, una de las grandes fortunas del planeta, propuso reducir la jornada laboral. Es este un tema que se reabre periódicamente y cada vez con más fuerza. Aumentar los años de trabajo, alargando la edad de jubilación, procurar una semana laboral más corta, estimular horarios semanales que vayan descendiendo de las tradicionales 40 horas semanales a bastante menos, combinadas con jornadas completas, parciales y días de descanso, son propuestas que vienen de lejos y que irán calando. En el futuro quizá no haya suficiente trabajo para todos, por lo menos no cada día, o no como hasta ahora. Son cada vez más las opiniones críticas que consideran que el problema del mundo laboral, con altísimas tasas de desempleo en algunos casos, y con perfiles profesionales con escasa o nula ocupabilidad, no se concentra tan sólo en la falta de empleo, sino en la concentración de los ingresos y su reparto.

El catastrofismo sobre el fin del trabajo es eterno. A lo largo de la historia, cualquier innovación tecnológica que sustituya factor humano por máquinas pone el grito de alarma sobre su agotamiento. Uno de los vaticinios más cenizos sobre el fin del trabajo lo generó Jeremy Rifkin

a finales de los noventa del pasado siglo con *El fin del trabajo, nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*. A partir de un estudio no exento de polémica, consideraba que el número de personas infraempleadas iría en aumento y crecería a un ritmo vertiginoso por el impacto de la revolución tecnológica. La robótica, las telecomunicaciones, la revolución digital y la alta tecnología acabarán sustituyendo rápida e irremediablemente a los seres humanos. A partir de aquí, considera que el mundo del trabajo se polariza en dos grandes focos irreconciliables e incommunicados. Por un lado, una élite minoritaria bien formada, informada y con buenos sueldos que controla y gestiona la economía global; y por otro, la mayor parte de trabajadores, más o menos reemplazables, desplazados y que pululan por los mercados de trabajo, con altibajos en función de los ciclos económicos, desganados, y con pocas perspectivas de futuro en un mundo automatizado que los observa de soslayo. En general, son muchos los estudios que consideran que el empleo se precariza, se hace más volátil y, con frecuencia, de menor calidad. La idea tradicional de puesto de trabajo, tal y como se entendía hasta hace bien poco, para muchos ya no tiene sentido, más allá del funcionariado, que también está revisando su clásica perpetuidad.

Al hilo de la idea de la escasez de trabajo y de la dualidad de los mercados laborales, el sociólogo alemán Ulrich Beck, ha venido desarrollando la idea de sociedad del riesgo. Alerta sobre los elevados costes sociales que representa un giro de tuerca del individualismo. La nueva modernidad del siglo XXI, y la marginación de las formas tradicionales de vida, provocan pérdidas de significado en el individuo, aumenta su incertidumbre y ansiedad individual y hace impredecible configurar historia de vidas satisfactorias y congruentes. La vida del siglo XXI será el producto de la acción agregada de actores que operan en escenarios enmarcados por el riesgo, la inseguridad y la incertidumbre, y todo ello, envuelto en una neblina que puede amenazar seriamente la vertebración social. Cuando el riesgo se convierte en incertidumbre es cuando se sientan las bases de la desconfianza. Un verdadero problema social.

Al analizar datos de distintos organismos internacionales, como los de la Organización Internacional del Trabajo o de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, observamos que la riqueza que se crea se concentra en menos manos y el trabajo tiende a dualizarse: pocos, bien formados y adaptables, con sueldos altos y, en el otro extremo, una gran masa vulnerable, precaria y con salarios medios-bajos. A nuestro entender, la clave no es tanto defender los puestos de trabajo, como defender y apoyar a los trabajadores a través de formación, movilidad o recursos temporales, para que puedan adaptarse a las nuevas realidades y asumir responsabilidades sobre su propia vida, lejos de las muletas sociales.

5. Más democracia, más política y más desafección

En el siglo XXI asistiremos, probablemente, a la extensión de la democracia por todo el planeta como sistema político que elige y controla a sus gobernantes. La proporción de personas que vivirán en países democráticos, o semidemocráticos, será mayor de lo que ha sido en el siglo XX. La democracia se extenderá en la misma medida que retrocederán los gobiernos autoritarios, que cada vez serán menos tolerados. ¿Será esto suficiente para concluir el éxito de la democracia? Para responder a ello debemos saber no sólo si son más los ciudadanos que pueden participar democráticamente, sino, si esa participación, en cualquiera de sus modalidades, es influyente. Hay opiniones para todo, pues no es lo mismo Suiza que Letonia, Canadá que Grecia o Israel que Egipto. Si tuviésemos un aparato que midiese la representatividad de los parlamentos en relación con la población a la que representa, creemos que muchos se llevaría una gran sorpresa al comprobar lo infrarrepresentada que está la sociedad en muchos de sus parlamentos. Si además pudiésemos medir el grado de influencia *real* que ejerce el pueblo sobre las decisiones políticas finales, en comparación con la de los *lobbies* que actúan en las esferas del poder, la sorpresa sería, quizá,

aún mayor. No deberíamos conformarnos con pensar que otros sistemas son peores, pues la democracia es el sistema de gobierno más perfectible de todos los posibles. Dispone de instrumentos que la convierte en permanentemente mejorable. Todo ello debe exigir rigurosidad a los gobernantes y rendimiento de cuentas.

La democracia sólo será útil si es eficiente a la hora de resolver problemas y proteger a los más vulnerables y débiles, a las minorías, además de contemplar el medio y largo plazo. En caso contrario se convierte en superficial, incluso inútil, en una liturgia cada equis años para renovar a políticos de poco relieve con escaso o nulo contacto con la realidad a la que deben servir. Uno de los indicadores que miden la distancia entre la clase política y la población son los índices de participación electoral. Salvo en convocatorias de gran trascendencia, la abstención electoral viene siendo muy elevada en los países más avanzados y con similar tendencia para los que están en ese proceso. A mi entender ello no supone, necesariamente, que a la gente no le interese la política, quizá tan solo que la política formal y tradicional es cada vez menos operativa y atractiva para millones de personas. Como respuesta, o en paralelo a ello, el ejercicio de la llamada política viral, aquella que se canaliza a través de las tecnologías de la información y la comunicación, tendrá una gran influencia en el futuro. Redes sociales, Internet, han trastocado el lenguaje e inmediatez de la política. Muchos críticos consideran que lo importante no es corroborar la desafección que genera su dinámica, sino ir a las causas que la provocan y que, con frecuencia, se concentra en la pleitesía que rinde a la economía de mercado en su versión globalizada. Pocos dudan que la democracia avance en los países en desarrollo y se redefinirá al compás de la sociedad tecnificada del siglo XXI.

Tal y como vienen apuntando las proyecciones de Naciones Unidas, en pocas décadas, la población de los países menos desarrollados llegarán, en algunos casos, a multiplicarse por dos, tres e incluso más, y con ello la demanda de alimentos, agua o energía, además de mayor in-

versión en educación y otros servicios. ¿Podrán las nuevas democracias del futuro, muchas en países emergentes, ser capaces de dar respuesta a este tipo de demandas? No hay duda que el terremoto demográfico de las siguientes décadas multiplicará las presiones ciudadanas hacia los distintos sistemas políticos. Los jóvenes serán un gran motor de cambio. La democracia como sistema de organización política vivirá nuevas tensiones derivadas de las nuevas realidades y de las nuevas demandas. Si la democracia no es socialmente inclusiva, y margina a millones de personas que no se sienten vinculadas a ella, no sólo fracasan los mecanismos de gobierno, sino que se erosiona la confianza entre unos y otros. Todo ello son factores explicativos de la desafección ciudadana que a mi parecer tendrá un gran impacto en las próximas décadas.

6. Los problemas de las asimetrías

La principal semilla que se encuentra en el origen de muchos problemas es la asimetría. Las diferencias, cuando superan un umbral crítico, generan dificultades más que cualquier otra cosa. Pocos se conforman con tener menos que otros, o sentirse inferiores a ellos si les hace sentir inferior, si les degrada. La comparación es inevitable en el ser humano, es motor y acicate de cambio, y se activa, particularmente, ante las asimetrías. Si en esa comparativa, determinadas diferencias son muy acentuadas, acaban resultando insoportables para muchos, provocando rencor, y activando comportamientos en todas direcciones. El problema principal derivado del aumento de la riqueza mundial y de las mayores expectativas y esperanza de millones de individuos por conseguir una mejor calidad de vida, será comprobar si las diferencias se perciben arbitrarias, caprichosas e inmorales entre personas, colectivos o zonas del planeta.

Posiblemente, en este siglo, el continente asiático recuperará la posición que históricamente ocupó como región económica del planeta durante milenios. América latina, previsiblemente, se despojará de la eti-

queta de zona inestable, insegura y convulsa y África ganará visibilidad a medida que lo hagan países como Egipto en el norte, Nigeria en el centro y Sudáfrica en el sur. Muchos de estos Estados que, hasta hace bien poco, ocupaban una posición menor influirán con más fuerza en la agenda mundial. En todo este proceso, las economías emergentes tienen un papel cada vez más relevante como acreedores de países avanzados. Ello está alterando el patrón tradicional de circulación de la masa monetaria mundial, donde el ahorro, usualmente, fluía de los países desarrollados a los en vías de desarrollo. Esto ha cambiado. La gran mayoría de países en vías de desarrollo ahorran más de lo que gastan, debido a su superávit comercial, y a que venden más de lo que compran, a lo que hay que agregar las remesas de emigrantes. La diáspora envía recursos a sus familias en el país de origen que llegan a ser, en muchos casos, cantidades ingentes. En cambio, los países más desarrollados, en su conjunto, gastan más de lo que ingresan y se endeudan, con frecuencia, por encima de sus posibilidades. El resultado es que los Estados emergentes son acreedores de los desarrollados, financian sus balanzas por cuenta corriente y sostienen la cotización de sus monedas. Algo, relativamente, insólito. Existe, podríamos decir, una sobreabundancia global de ahorro que, directamente, costea los déficits de los países más desarrollados, al menos por el momento. Esto es, simple y llanamente, insostenible. Los países emergentes, ante estas asimetrías de doble filo, exigirán modificar la arquitectura financiera internacional y crear instituciones financieras propias o participadas directamente por ellos, tal y como propusieron los llamados BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), creando un primer embrión de nueva arquitectura financiera internacional, en julio de 2014. Con ello se distanciarán de las creadas tras la Segunda Guerra Mundial a partir de Bretton Woods, por sentirse mal representados. En el siglo XXI, las reglas de juego en la economía internacional no estarán tan tuteladas por los viejos países occidentales y por sus instituciones.

El problema de las asimetrías financieras es un tema recurrente para comprender buena parte de las dinámicas humanas. Es posible que aumenten dentro de cada Estado y se reduzcan internacionalmente. El

problema, como siempre, es el grado de esa elasticidad y a partir de cuándo se llega al umbral crítico que amenace al sistema. No hay nada más nivelador que la pobreza. Cuando la riqueza aumenta, las desigualdades también lo hacen.

La lucha contra la pobreza es la mayor y más preocupante disfunción del sistema económico, y ha concentrado buena parte de las políticas públicas en todos los países en un afán ímprobo por reducirla. Los mercados tienen mucho que ver con todo ello. En las sociedades más desarrolladas, el mercado laboral en el siglo XXI ya no ofrece siempre buenos salarios a los trabajadores corrientes, ni previsiblemente lo hará en el futuro. El estancamiento de los salarios más bajos, condena a una vida precaria a millones de personas, y a la pobreza en los casos más extremos. Identificar las causas de la desigualdad no es sencillo, como tampoco determinar si la desigualdad reduce el crecimiento económico o resulta, justamente, lo contrario. En los países emergentes, la desigualdad tiende a crecer a medida que lo hace su economía, pero, paralelamente, su pobreza relativa se reduce. En los países avanzados, no siempre es así. Aquí, las desigualdades vienen aumentando, tanto en situaciones de auge, como de crisis económicas, que es cuando se reducen las clases medias y aumentan el número de pobres. En épocas de crecimiento, el dinamismo económico, simplemente, amortigua esa tendencia y la desplaza unos cuantos años. Las asimetrías consideradas inmorales entre personas o zonas será una verdadera amenaza para cualquier sistema social, económico o político.

Conflictos territoriales, religiosos o medioambientales, de accesos a recursos, provocados muchos de ellos por desequilibrio de rentas, inestabilidades financieras o crisis enquistadas, pueden hacer rebrotar inestabilidades y tensiones en el escenario internacional con resultados inciertos. Las asimetrías seguirán actuando como palanca. Las tensiones y los conflictos violentos no desaparecerán. Son la prueba más visible de los desequilibrios disfuncionales de los diferentes sistemas.

Concluimos, recordando que los modelos que apuntamos son simplificaciones de un mundo que, además, están indisolublemente enganchadas a cómo lo entendemos, no a cómo es, si es que esto es posible. En este siglo tenemos nuevos retos y nuevas tensiones provocadas por asimetrías de todo tipo, pero grandes e inmensas oportunidades. Será un siglo revolucionario en lo que se refiere a los avances tecnológicos, al aumento de la riqueza mundial y las mejoras en la calidad de vida de millones de personas. Pero también puede ser involutivo si las disfunciones que provocan las nuevas realidades no se resuelven satisfactoriamente. Una excesiva concentración de la riqueza en pocas manos, una situación de precariedad crónica entre millones de personas o desastres medioambientales o energéticos de alcance universal, pueden poner en jaque la estabilidad de todo el sistema. El siglo XXI, en su conjunto, se caracterizará por una mayor complejidad, por un nivel de incertidumbre más alto para más personas, donde los retos se resolverán mejor si son abordados desde perspectivas distintas a partir de múltiples ideas y desde una órbita sistémica, no desde la doctrina de un pensamiento único y etnocéntrico. Diríamos que, en un alto grado, depende de nosotros que ello se cumpla, tal como ha venido acaeciendo con los cambios y avances logrados a lo largo de la historia.

Bibliografía

- Aguer, Mario. *La era de las organizaciones virtuales*. Editorial Pirámide, Madrid. 2005
- Aguer, Mario. *La empresa virtual en el marco de la sociedad de la información*. Publicaciones de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras, Barcelona. 2000
- Aguer, Mario y Miranda, A.Ll. *El hidrógeno. Fundamento de un futuro equilibrado*. Editorial Díaz de Santos. 2007
- Beck, Ulrich. *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós Ibérica. 2006

- Comte, Auguste. *Primeros ensayos*. Fondo de Cultura Económica de España. Madrid, 2001
- Emmott, Stephen. *Ten billions*. London: Penguin. 2013
- Esping-Andersen, G. (coord.). *El dèficit de natalitat a Europa. La singularitat del cas espanyol*. Barcelona: Obra Social “La Caixa”. Colección Estudios Sociales nº 36. 2013
- FAO. *Global food losses and food waste*. Rome: FAO. 2012
- Frey, Carl Benedikt & Osborne, Michael A. *The Future of employment: how susceptible jobs to computerisation?* University of Oxford, Oxford Martin School. <http://www.oxfordmartin.ox.ac.uk>. 2013
- Hutton, Will. *The future of work: jobs and inequality in the 21st Century*. University of Oxford, Oxford Martin School. <http://www.oxfordmartin.ox.ac.uk>. 2013
- Piketty, Thomas. *El capital en el siglo XXI*. Fondo de Cultura Económica de España, S.A. Madrid, 2014
- Rifkin, Jeremy. *El fin del trabajo, nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*. Barcelona: Paidós. 1997
- Roig, Xavier. *La dictadura de la incompetència*. Barcelona: La Campana. 2008
- Subirats, Joan y Vallespín, Fernando. *Maquiavelo en el siglo XXI*. Barcelona. Editorial Ariel. 2014
- Subirats, Joan (Dir.) *Análisis de los factores de exclusión social*. Bilbao: Fundación BBVA. 2005
- The Economist. *El mundo en 2050. Todas las tendencias que cambiarán nuestro planeta*. Barcelona: Gestión 2000. 2013